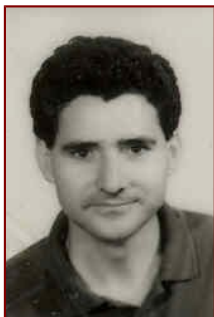


Crónicas desde Beijing



Beijing (Pequín), 22 de mayo de 1987

Superado el fuerte impacto emocional que produce la magnitud de Beijing (Pequín) y la peculiar forma de vida de sus habitantes, intento, transcurridas varias semanas, aprender a observar, conocer y comprender lo que está aconteciendo en la capital del país más poblado del planeta.

Si la prudencia, a la hora de sacar conclusiones, resulta obligada para cualquier ciudadano que durante un tiempo se traslada a residir a un país extranjero, esta actitud en el caso de China es doblemente necesaria. Por su milenaria cultura, de la que tan poco conocemos los occidentales, y por la dificultad real de obtener una información precisa de cuanto aquí sucede.

Si a ello añadimos el desconocimiento del idioma, no es difícil comprender las razones por las cuales estimo necesario huir de simplificaciones, y también de elaborar conclusiones precipitadas y temerarias. Esta modesta pretensión o invitación sociológica, por conocer a las gentes de este país, está motivada por una enorme curiosidad, y por el “raro privilegio” de ser el primer terrassense residente en Beijing, trabajando en la primera empresa mixta chino española.

El municipio de Beijing ocupa una superficie de 16.000 Km² y tiene una población de 9.500.000 habitantes. Para comprender mejor estas magnitudes pensemos que es mayor que la superficie de las provincias de Barcelona y Girona juntas (7.700 y 5.800 Km², respectivamente), y que su población es cercana al doble de la población de Catalunya.

Beijing es también una ciudad con una larga historia. Distintas dinastías establecieron aquí su capital en los últimos 3000 años, y fue invadida, destruida y reconstruida sucesivamente. De su pasado se conservan auténticas maravillas: La Ciudad Prohibida o el Palacio Imperial, el Palacio de Verano, el Templo del Cielo, y otros templos de estilo tibetano o taoísta, así como importantes parques y otros lugares de interés, que forman parte del circuito obligado de los turistas, tanto de las distintas y a veces remotas regiones de China, como de los turistas extranjeros que en número creciente se interesan por este país.

Pero más allá de este circuito convencional, el del Beijing histórico, monumental y sus mastodónticos hoteles, se encuentra otro Beijing, bajo mi punto de vista, aún más interesante. El de los barrios antiguos, el viejo Pequín. Donde se encuentra el auténtico sabor de la ciudad. Calles estrechas de casas modestísimas, de una o dos plantas a las que se accede a través de patios interiores. Casas de reducidas dimensiones que “invitan” a sus habitantes a realizar muchas de sus actividades en plena calle: coser a máquina, trabajos artesanales, incluso cocinar o jugar al ajedrez chino, o a las cartas, a lo que son tan aficionados, desarrollando una intensísima relación social. En estos barrios antiguos se encuentran cientos y cientos de pequeños restaurantes (a los que rara vez entra un turista extranjero) y que sin embargo tienen una comida excelente (si no eres demasiado escrupuloso con el servicio). Decenas y decenas de mercados donde sorprende la variedad y tipología de su oferta: desde girasoles y cacahuètes, hasta “tejanos”, pasando por los servicios que ofrecen los artesanos: zapateros, sastres, barberos, dentistas, que realizan su oficio en plena calle. Tiendas y almacenes (siempre abarrotados) donde se pueden encontrar a precios irrisorios objetos de uso corriente para los chinos, y que se están vendiendo en tiendas de regalos en Barcelona, París o Londres a precios disparatados.

Beijing es una ciudad dura, inacabada, en permanente transformación. Posee un diseño de las principales vías urbanísticas que expertos mundiales han calificado como excelente para ordenar su desarrollo. La ciudad se expande a través de grandes avenidas en dirección Norte/Sur y Este/Oeste. Una de estas grandes y anchas avenidas, bordeadas de miles de árboles, la que atraviesa la Plaza de Tian'an men (digámosle el centro de la ciudad) recorre más de 40 Kms de este a oeste. Estas distancias ayudan a comprender fácilmente que visitar a unos amigos o realizar una gestión comercial o profesional significa un desplazamiento a menudo de 30 Kms. Si además deseas hacerlo en bicicleta, el tiempo ya no cuenta.

A pesar de las amplias avenidas los problemas del tráfico de superficie (el del metro es muy limitado en su recorrido) son un serio inconveniente. Los autobuses, camiones y furgonetas ocupan la mayor parte del tránsito rodado. Sin contar las bicicletas (3 millones de habitantes utilizan cada día la bicicleta en Beijing), sencillas y más complejas: con sidecar, triciclos y plataformas de transporte, etc.

La imagen de cemento y hormigón forma parte del paisaje cotidiano de Beijing. Miles y miles de bloques de pisos de dudosa estética que van sustituyendo a las modestísimas viviendas, que conformaban todo el tejido urbanístico de Beijing hasta hace muy pocos años y en los que se hacían sus habitantes carentes de servicios y equipamientos. El ritmo de construcción es impresionante. Las grúas se asemejan por su gran proliferación a múltiples antenas de televisión. Dentro de unos años muchos barrios resultarán irreconocibles. Los bloques de pisos están rodeados de anchas zonas ajardinadas, con árboles, que mitigan la sensación de cemento que te rodea.

Pero el objetivo de dignificar la vivienda de los chinos constituye un esfuerzo gigantesco al que se dedican enormes recursos. En mayor medida si se tiene en cuenta que esta urbe, la de Beijing, puede alcanzar, según los expertos, los 15 millones de habitantes en el año 2000.

El paisaje de Beijing, sin embargo, lo conforma principalmente su gente. El magnífico y permanente espectáculo de su gente sencilla, amable, hospitalaria con la que es fácil comunicarse a pesar del idioma. Tema al que me propongo dedicar próximas crónicas.

Domènec Martínez

Imágenes y recuerdos de Beijing, abril y mayo de 1987

